

RECIBIDO / RECEIVED	3 de octubre de 2022
ACEPTADO / ACCEPTED	19 de octubre de 2022
PÁGINAS / PAGES	De la 29 a la 32
ISSN / ISSN	2386-2912

The Slow Professor. Desafiando la cultura de la rapidez en la academia

Autores / Authors

BERG, Maggie y SEEGER, Barbara K.

Editorial / Publishing company

EDITORIAL UNIVERSIDAD DE GRANADA, Granada 2022

Inspirándose en el movimiento *Slow* que a mediados de la ochenta inició el periodista italiano Carlo Petrini, las autoras de este ensayo proponen una nueva forma de plantear el quehacer universitario. La traducción española llega seis años después del original inglés, pero no por ello deja de ser una contribución muy oportuna. Precisamente porque si hacemos caso a lo que se plantea en el subtítulo del libro, desafiar la cultura de la rapidez en el mundo académico empieza por valorar aquello que merece la pena, no lo último. Podríamos sintetizar el eje argumental del libro en un «volvamos a ordenar los medios a los fines», algo que puede parecer obvio pero que, como se muestra a lo largo de los cuatro capítulos, se ha ido alterando en la vida universitaria de forma paulatina, provocado por causas distintas, pero convergentes.

El profesor Jiménez Villar, traductor de la edición española, firma también una oportuna presentación del libro. Señala en ella cómo en las últimas décadas la universidad ha sufrido un proceso de *corporativización*, es decir, de asimilar sus estructuras, fines y medios a los de las grandes corporaciones industriales. Hago esta aclaración porque la polisemia tanto del sustantivo (corporación) como del adjetivo (corporativo) puede, a veces, despistar al lector del significado de algunas frases. En síntesis, que se ha llevado a la universidad a convertirse en una especie de factoría rentable cuyos logros se miden en términos de utilidad (nuevos titulados competentes) y productividad (cada vez más artículos y más impactantes de acuerdo con los estándares de calidad impuestos por sistemas diseñados por la industria). Basta esto para comprender cómo se han alterado ya fines y medios: «No es el estudio el que nos lleva a tener algo nuevo que aportar a una problemática, sino que es la necesidad de publicar la que nos lleva al estudio» (p. 11).

Continúa la presentación destacando las claves desde las que Berg y Seeger, autoras del ensayo, han indagado en la cuestión y pronunciado su palabra:

«la aplicación de los principios *Slow* a la práctica investigadora y docente no solo alivia los efectos más perjudiciales de la rapidez académica en la vida de sus protagonistas, sino que hace “sentir bien”. Por esta razón se proponen “descubrir la vida secreta de la academia, [...] revelar no solo sus dolores sino también sus placeres» (p. 14).

Algo que quienes vivimos la Universidad como respuesta a una profunda vocación personal comprendemos hondamente y agradecemos de corazón porque universitario de verdad se es, no es algo que se haga. Por eso proponen la presencialidad en las aulas como algo insustituible (y lo dijeron antes del azote de la pandemia y su abrupta irrupción en los ritmos académicos), defienden que la investigación no puede medirse con métodos estandarizados de cuantificación y «proponen una visión del trabajo en la academia en la que el compañerismo y la construcción de la comunidad es imprescindible» (p. 15).

Y en todo esto, ¿qué tiene que ver la defensa de la lentitud? Es muy sencillo: «el tiempo para reflexionar y las investigaciones no conclusivas no son un lujo, sino que son cruciales para lo que hacemos» (p. 25), declaran las autoras en el prefacio. Ser catastrofistas no es ni su estilo ni su objetivo: si inducimos al mismo pánico que conduce lo que denunciamos, vienen a decir, el único resultado será la paralización de quien se encuentre entre dos horizontes igual de desastrosos. Inician la introducción recordando cómo surge el libro: de los mutuos desahogos ante las cargas ingentes de trabajo burocrático, la angustia por no llegar al número de publicaciones exigidas, el estrés de los compañeros, la extensión del trabajo a lo largo del día por la omnipresencia de los medios tecnológicos... ¿Qué ha cambiado en los últimos años para encontrarse inmersas de lleno en un modo de hacer que no era el que regía el mundo universitario cuando llegaron a él siguiendo su vocación? Son profesoras de literatura, pero, como he dicho más arriba, la clave de su defensa no es la de las humanidades en sí mismas, sino la de comprender que en ellas está la clave para comprender el modo universitario de acercarse a la realidad, la búsqueda desinteresada de la Verdad, no de su utilidad: «Aunque las humanidades sean particularmente vulnerables en la universidad corporativa, en ellas encontramos el paradigma de investigación intelectual no instrumental que necesitamos proteger en todas las disciplinas» (p. 43).

El resto del libro aborda en capítulos independientes cada uno de los ámbitos en los que se traducen los problemas causados por la citada corporativización: el estrés por la falta de tiempo, la dedicación docente, los objetivos de la investigación y el espíritu de comunidad frente al individualismo. A mi juicio, no necesariamente los problemas denunciados en cada apartado se derivan directamente del cambio de modelo de gestión de la universidad, aunque la constatación de los síntomas no es muy discutible. Creo que hay causas más profundas que afectan tanto a la universidad como al modo de funcionar de las grandes corporaciones que han llevado a esa contaminación y a las que habría que atender en un diagnóstico más detallado para ofrecer una terapia más completa. Pero no es objeto de esta reseña entrar en esa discusión.

El primer capítulo, «Gestión del tiempo y falta de tiempo» (p. 47), indaga no en el hecho de que los profesores universitarios estén estresados, sino en las causas por las que el índice de estrés supera con creces al de profesiones como la de los ejecutivos. En síntesis, la causa está

clara: por su propia definición el trabajo académico nunca se termina y si a la autoexigencia de quien se regula horarios y objetivos de investigación uno aplica estándares de productividad trasladados de las empresas, el resultado es la sensación de que no llega a producir todo lo que debería. Y lo que es peor: si se pretenden aplicar soluciones traídas del mundo de la gestión empresarial y sus libros de autoayuda, la cosa empeora.

«La gestión del tiempo no toma en cuenta en su totalidad los cambios en el sistema universitario: antes bien, se centra en el individuo, a menudo de manera punitiva (mis hábitos necesitan ser corregidos). Los verdaderos problemas de tiempo son la creciente carga de trabajo, la aceleración del ritmo y el instrumentalismo que rige la universidad corporativa [...] cada vez más estamos atrapados entre dos temporalidades: el tiempo corporativo y el tiempo favorable para el trabajo académico» (p. 59).

Defienden, como absolutamente necesaria para el pensamiento profundo, la creatividad y la resolución de problemas, la «atemporalidad» (p. 61), esto es, la posibilidad y capacidad de sumergirse en la actividad intelectual de manera plena, sin otras obligaciones. Todos los capítulos concluyen con una lista de decisiones que se traducen en acciones, para no quedarse en la mera consideración especulativa de las cuestiones. El primero concluye con las siguientes cinco necesidades (pp. 64-68): salir de la red; hacer menos; sesiones regulares de tiempo atemporal; tiempo para no hacer nada (tiempos de espera); y, por último, cambiar la forma en que hablamos del tiempo constantemente.

El segundo capítulo, «Pedagogía y placer» (p. 69), es una apología de la clase presencial como el ámbito del encuentro apasionado entre profesor y alumno en torno a la asignatura. «La diferencia obvia entre el aprendizaje presencial y el aprendizaje a distancia es la proximidad de los cuerpos y la transmisión de emociones que inevitablemente implica la primera» (p. 71), porque antes de abandonar las clases por el aprendizaje a distancia hay que examinar lo que realmente sucede cuando profesores y alumnos ocupan el mismo lugar y al mismo tiempo. Se apoyan en evaluaciones de la docencia cualitativas —aquellas en las que los alumnos se expresan con sus propias palabras—, en las que queda claro que los estudiantes «no diferenciaban entre cómo se sintieron en una clase y cómo pensaron. Sus emociones —ya sean positivas o negativas— forman un todo con lo que aprendieron» (p. 74). Son muy interesantes los argumentos con los que elaboran esta defensa pedagógica de la presencialidad y la imposibilidad de su replicación en los sistemas informáticos: «estos intentos de replicar la condición afectiva del intercambio humano parecen olvidar la clave fundamental: su énfasis en lo observable sirve para reforzar el aislamiento del que intentar escapar» (p. 75). Concluyen con una clara invitación a «disfrutar de la docencia» (p. 78) dando pautas muy concretas tanto para cuando se entra en clase, su desarrollo, su preparación y, por último, para la calificación. Si el profesor ha conseguido crear ese encuentro profundo con sus alumnos, afirman, «las evaluaciones *son* el curso» (p. 92).

En el capítulo tercero abordan la investigación y denuncian cómo «el modelo de investigación, cada vez más gerencial, desplaza el foco de atención de los que hacen la investigación y

hace que el profesorado se adapte a los imperativos institucionales» (p. 97), lo que deriva en privilegiar unos modos de conocimiento sobre otros, unos temas sobre otros, la investigación sobre la docencia... «Los cambios en el trabajo académico han incrementado las expectativas de lo que significa ser un académico productivo» (p. 98), cambiando el tamaño de las clases, los tiempos de docencia..., lo que ha atrapado al profesor en una paradoja. «La cultura de la velocidad (y sus valores asociados de eficiencia, productividad, aplicabilidad y transferibilidad) niega la dimensión ética del tiempo al excluir formas potenciales de ser y conocer» (p. 103). Es muy difícil apostar por la calidad en una cultura que da prioridad a la cantidad, pero ofrecen interesantes pautas para conseguirlo en la conclusión del capítulo noveno.

El último capítulo es una defensa del compañerismo y del originario sentido comunitario de la vida universitaria. Si no queda vida intelectual en las universidades, o muy poca, dicen citando a Tompkins, es «porque la gente está demasiado ocupada progresando profesionalmente como para parar y hablar entre sí» (p. 123). «Los rituales académicos que se concibieron para construir una comunidad están en declive. Las tesis son defendidas por videoconferencia y este método es bienvenido por su rentabilidad y eficiencia. E incluso los encuentros académicos amenazan con convertirse en relaciones a distancia» (p. 125). Si esto lo escribieron antes de la pandemia... No son ingenuas y reconocen que las soluciones que se pueden proponer tienen una alta probabilidad de fracaso porque nos encontramos ante un fenómeno social. Con todo, «obviamente la comunidad no puede construirse individualmente. Hay un grado de autonomía en la docencia y en la investigación, pero ninguno en el compañerismo» (p. 138). Recojo aquí uno de sus últimos consejos prácticos: preguntémonos por lo que echamos de menos, porque eso puede indicarnos qué es lo que nos preocupa de verdad (p. 139).

Concluye el libro con un manifiesto a favor de las «*slow humanities*». Es laudable el deseo de separar las humanidades de los ritmos, métodos y sistemas con los que se miden otras ciencias. Y deseable que así sea porque eso supondría que se reconoce el estatuto epistemológico de cada tipo de saber, con sus objetos, fines y métodos. Pero la defensa del quehacer universitario también en las ciencias positivas y en las tecnologías exigiría además que se reconociera que lo universitario no es competir, por ejemplo, con laboratorios o institutos tecnológicos públicos o privados cuyo único objetivo es la rentabilidad y el avance en los descubrimientos. Si la universidad sigue midiéndose con los mismos baremos, entonces habrá perdido su especificidad y el sentido de su misión: la creación de una comunidad de profesores y alumnos para la búsqueda y transmisión del saber. Nada menos. ■

AGEJAS, José Ángel

Universidad Francisco de Vitoria